

# JOSÉ GUERRERO LOVILLO EN MI RECUERDO \*

*por ROGELIO REYES CANO*

Excmo. Sr. Director  
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos  
Mis queridas amigas Ana María y María José  
Familiares, amigos y compañeros de don José Guerrero Lovillo  
Señoras y señores:

En los últimos días del pasado mes de octubre, en el albor del nuevo curso universitario y apenas iniciadas las habituales tareas de nuestra Academia, nos llegó inesperadamente la noticia del fallecimiento del profesor Guerrero Lovillo. Sabíamos, ciertamente, de los problemas de salud que desde tiempo atrás le aquejaban, pero estábamos muy lejos de pensar en tan precipitado desenlace. Aquella noticia, que en mi caso particular era, además de dolorosa, totalmente imprevista, me conmovió vivamente y removió en mí muchos recuerdos acumulados en largos años de compañerismo universitario y de estrecha amistad personal; entrañables recuerdos de compartidos afectos mutuos que guardaré dentro de mí como precioso patrimonio y que me acompañarán, estoy seguro, en el correr de mi tiempo. Recuerdos y afectos que en este

---

\* Palabras leídas en la sesión pública en recuerdo y homenaje al Excmo. Sr. D. José Guerrero Lovillo celebrada el día 7 de febrero de 1997.

momento se superponen sobre cualquier otro cometido profesional y académico y que me producen una emoción añadida y un especial sentimiento de solidaridad con su memoria. La vida académica nos proporciona muchas veces la posibilidad de hacer coincidir la obligación con la devoción, de acoger como una grata tarea lo que en apariencia se nos ha encomendado como una actividad que se debe aceptar por imperativos de obediencia. Pues bien, mi intervención de esta noche en recuerdo de nuestro común amigo y compañero tiene justamente ese carácter. Y si en su día sentí –y sigo sintiendo– la tristeza de su desaparición, hoy puedo decir con toda verdad que es para mí un honor y una alegría poder hablar públicamente de su figura y devolverle, siquiera sea modestamente, algunas de las muchas monedas que el me prodigó durante años con su amistad y con su afecto. Por eso me consideré afortunado cuando nuestro Director me sugirió la idea de que fuese yo quien abriera esta solemne sesión de homenaje con una breve consideración sobre la actividad del profesor Guerrero Lovillo en su condición de Académico de Buenas Letras. Y aunque otros compañeros más autorizados que yo glosarán después por extenso su personalidad humana y su obra investigadora, me van a permitir ustedes que comience también recordando algunos perfiles del hombre, del amigo y sobre todo –habida cuenta mi dedicación a la literatura– del humanista y del excelente escritor que fue también el profesor Guerrero.

Mis relaciones con él vinieron, naturalmente, por el camino universitario. Cuando yo llegué a la Facultad de Filosofía y Letras de Sevilla, a finales de los años cincuenta, e inicié mis estudios de Comunes, ya hacía algún tiempo que él se había trasladado a Barcelona, a la cátedra de Historia del Arte que había conseguido en brillante oposición en el año 1957. No pude, por lo tanto, beneficiarme de su mucho saber como profesor, pero sí de recoger en los ambientes de la Facultad opiniones muy favorables sobre su prestigio profesional y sus dotes investigadoras, como uno de los más prometedores frutos del grupo de estudiosos formado bajo el magisterio de don Francisco Murillo Herrera. Al volver yo a Sevilla a mediados de los sesenta, después de hacer la carrera en Madrid, pude pronto conocerlo ya personalmente, pues en 1969 él pasaría por concurso de traslado a formar parte de nuestro claus-

tro universitario. Y fue en esos años cuando nació entre los dos una amistad que se fue fortaleciendo con el tiempo. Todavía no se había consumado la –para mí desafortunada– fragmentación de la vieja Facultad de Filosofía y Letras, y se mantenía viva la unidad de los saberes humanísticos y la fluida, cotidiana y casi natural comunicación entre colegas de diferentes especialidades. Quizá por ello, y a pesar de la diferencia de edad, fue muy fácil para mí sintonizar con don José Guerrero, persona a la que yo, entonces un jovencísimo profesor de literatura que comenzaba su carrera docente, miraba como lo que realmente era: como a un maestro ya consagrado en la enseñanza y en la investigación de la historia del arte. Pero un maestro que a los muchos saberes técnicos y profesionales de su disciplina oficial unía algo que desde un primer momento me llamó mucho la atención y que percibí inmediatamente, después de dos o tres conversaciones con él: me refiero a su notable curiosidad humanística, a su formación universal y a su más que probada sensibilidad literaria. Poco después, leyendo algunos de sus trabajos, pude comprobar que ese interés por la literatura, y muy particularmente por la poesía, era en él algo más que una simple afición de lector, y que la belleza del buen decir literario parecía ser una constante y una exigencia de su propia manera de escribir, significada siempre por una fluidez expresiva, una galanura de estilo, un garbo y una finura lírica que ennoblecían, sin quitarles rigor y solvencia científica, todas sus publicaciones. Quizá tuviese que ver algo con eso –no estoy en grado de asegurarlo del todo– el magisterio universitario del poeta Jorge Guillén, al que tuvo como profesor en los primeros años de carrera en Sevilla. Pero creo que detrás de esa exquisita atención suya al estilo, a la belleza literaria, a la precisión terminológica y a la dicción elegante pero natural y nunca afectada, se traslucía sobre todo el ejercicio de un lector gozoso y demorado, degustador de los textos, familiarizado con la poesía y la prosa elegante, y que había asimilado muy bien la conocida idea –tan juanramoniana– de la “obra bien hecha”; es decir, no la obsesión por escribir y publicar a toda costa sino la exigencia de hacerlo bien y rigurosamente. Con el rigor que el poeta muguereño pedía una y otra vez para el “trabajo gustoso” de la inteligencia. Rigor de contenido, desde luego, pero también de expresión, en la mejor tradición

de la verdadera investigación humanística. Guerrero se me reveló así muy pronto como un hombre que, además de saber historia del arte, hablaba y escribía como un auténtico maestro universitario, y ésa era una nota que para un filólogo como yo tenía entonces, y sigue teniendo hoy, un alto valor.

Esta común coincidencia suya y mía en una misma pasión por la literatura propició, sin duda, una facilidad de trato que muy pronto se vio acrecentada por la llaneza y la disponibilidad humana con que me acogió desde el primer momento, reflejadas en un tono conversacional distendido y ameno que invitaba a la confianza. Siempre se mostró conmigo como una persona extraordinariamente afable, franca y sencilla, a la que jamás vi presumir de sus muchas habilidades, entre las que se contaba una gran facilidad para el dibujo y una soltura de palabra y una precisión terminológica poco comunes. Detrás de esa llaneza y bonhomía, signos de un contagioso vitalismo y de un saber gozar las cosas gratas de la vida, latía, sin embargo, un agudo y siempre sutil sentido del humor, una complacencia en los perfiles amables, simpáticos y hasta burlescos de la existencia, compatible, desde luego, con la radical seriedad de sus principios, que muchas veces le vi defender con apasionada vehemencia. Creo que le cuadraba muy bien —así al menos lo percibí yo siempre— uno de los versos que Jorge Manrique dedicara a su padre el Maestre Don Rodrigo, al decir de él que era “amigo de sus amigos”. Como tal me he considerado yo siempre, y es ese sentimiento de amistad, acrecentado, desde luego, por muchos años de compañerismo universitario y académico, el que se superpone esta noche en mis recuerdos a cualquier otra consideración sobre su persona. Vuelvo la vista atrás en el tiempo y rememoro también largas conversaciones con él en los frecuentes desplazamientos a diferentes lugares del entonces extenso distrito universitario de Sevilla, formando parte de los tribunales de Selectividad; o comentando, en el mismo tendido de la Maestranza, los lances de nuestra común afición al mundo de los toros.

Y ya que hablamos de la vocación literaria y del culto a la amistad como dos notas esenciales de la personalidad del profesor Guerrero, me parece muy pertinente recordar que entre esos amigos entrañables, de los que siempre me habló con auténtico

entusiasmo, se encontraban importantes poetas y hombres de letras, otra prueba más de su familiaridad con el mundo de la literatura. Aludiré brevemente a tres de ellos especialmente vinculados con Sevilla: Manuel Ferrand, Emilio García Gómez y Joaquín Romero Murube.

La amistad con Ferrand, novelista, crítico de arte y también académico de Buenas Letras hasta su prematura y lamentable desaparición, debió fraguarse en el mundo universitario de los años cuarenta, cuando aquél estudiaba la carrera de Letras y Guerrero ejercía ya de profesor. Tengo para mí que, aparte ese interés común por el arte, a los dos les unía, además, un fino sentido del humor y una sutileza verbal, de los que ambos hicieron siempre gala, unas veces en la escritura y otras –las más– en la confianza de la conversación amistosa. La relación de Guerrero con don Emilio García Gómez se asentaba en primer término en su común interés profesional por el arte y la cultura del mundo árabe y muy particularmente de la España musulmana. Pero no olvidemos que García Gómez era sobre todo un filólogo, conocedor como pocos de la literatura de Al-Andalus, y además un hombre dotado de exquisito gusto literario y de una sensibilidad lírica excepcional, conectada, como es sabido, con los gustos poéticos de la generación del 27. Sus deslumbrantes traducciones de los poemas arábigo-andaluces, de las jarchas mozárabes, del *Collar de la paloma*, de los zéjeles de Ben Quzmán.; pero también sus prosas originales del libro *Silla del moro y nuevas escenas andaluzas*, y otros muchos textos, lo consagran, más allá de su asombrosa erudición literaria, como un escritor cabal. No me sorprenden, pues, la admiración que por él sintió Guerrero y las afinidades que a lo largo de los años fueron naciendo entre los dos. Así cuando en 1984 la Universidad de Sevilla otorgó a don Emilio el Doctorado "Honoris Causa", Guerrero actuó como padrino y pronunció la preceptiva "laudatio" académica con una bella pieza oratoria en la que, al comentar la admirable versión de los poemas arábigo-andaluces, declaraba el impacto que le había producido su aparición en el mercado editorial y lo que aquella traducción tenía de hallazgo poético de primer orden, no ya en los textos originales sino en la pluma misma del propio traductor: "Como un tesoro –decía– guardo yo la primera edición, tan noble y elegante, de este libro

que lanzó la Editorial Prometeo por los años 30, allá en mi lejana adolescencia y que tan hondamente me impresionara. Porque estaba escrito en un lenguaje fluido y moderno, capaz de actualizar las vivencias de aquellos lejanos poetas, haciéndolos a la vez tan actuales. En suma, una genial recreación en que unos poetas de ayer se sienten más cómodos con el ropaje lírico servido por todo un gran poeta de hoy". Un año después de este Doctorado "Honoris Causa", en octubre de 1985, esta Real Academia de Buenas Letras eligió a don Emilio García Gómez Académico de Honor y encargó también al profesor Guerrero Lovillo el cometido de referir sus méritos; y así volvió a hacerlo, en efecto, ponderando sobre todo sus dotes de hombre de letras y definiéndolo literalmente como "un altísimo poeta y un profundo humanista". Lo primero –añadía– por haber sido capaz de transferir a nuestro tiempo los contenidos y –lo que es más difícil– la "emoción lírica y la "calidad sugerente" de los viejos textos arábigo-andaluces. Lo segundo –su humanismo–, por lo que en la vocación intelectual de don Emilio había de "culto al hombre", de "curiosidad por nuevos valores" y de "rechazo por todo lo que hubiera de entrañar desorden, equívocos o artificios. Todo lo contrario: [su actitud humana] evoca un aire cálido, azul, limpio, y que pugna por un universo perfecto". Exactamente diez años más tarde, en octubre de 1995, celebramos en este mismo salón de actos sesión pública en memoria de don Emilio, que había fallecido meses atrás. Intervinieron entonces los académicos señores Ybarra Hidalgo, López Estrada y Manzano Martos. No fue posible, por achaques de su ya quebrantada salud, contar con la presencia física del profesor Guerrero, pero sí dar lectura a ese mismo discurso suyo, que ahora se enriquecía con un emotivo "Epílogo en 1995" escrito expresamente para ese acto, y en el que decía: "Don Emilio García Gómez ha muerto inesperadamente un día aciago de este año. Las sonrisas que Sevilla, como acabamos de decir, le tributó, súbitamente se helaron para dar paso al más silencioso y profundo de los lloros. Pero estamos seguros de que, por las barandas del cielo, como puntualizó el romance popular, él continuará atento a las esencias poéticas de los poemas arábigoandaluces o a las voces callejeras de aquel gran pregonero que fue Abén Quzmán". Con estas palabras, ponderadoras, una vez más, de la personalidad literaria de

don Emilio, Guerrero daba su adiós a quien, además de un notabilísimo arabista, había sido para él un ejemplo de sensibilidad poética y de humanismo universitario.

Nada podrán sorprendernos, por lo tanto, sus afinidades con el tercero de los hombres de letras a los que antes aludimos: el poeta Joaquín Romero Murube. Con él tenía una relación auténticamente fraternal, nacida quizá en su época de estudiante de Filosofía y Letras, y ensolerada luego en un rico intercambio de experiencias comunes, de afectos familiares y, según me contaba, de sosegadas conversaciones en el siempre sugerente marco del Alcázar. No es posible saber, naturalmente, lo que en la fragua de la refinada sensibilidad literaria del profesor Guerrero Lovillo pudo pesar esa sintonía vital y estética con una persona de la finura lírica de Joaquín Romero Murube. Pero debió ser un lujo tener fácil acceso a sus íntimas confidencias, y sobre todo a sus siempre sugestivas imágenes e interpretaciones de nuestra ciudad. Estoy seguro, sin embargo (conociendo, como me precio de haber conocido, el buen gusto del profesor Guerrero), de que el lujo tuvo que haber sido mutuo. Era una situación que difícilmente se repetirá: un experto arabista, interesado, además, por el Al-Qsar Al-Mubarak (“El Alcázar de la Bendición”), compartiendo emociones con un poeta que había hecho de ese mismo fascinante palacio habitación y refugio cotidianos, cerrado paraíso desde el que tomar el pulso a la historia y a la vida de Sevilla. Emociones que Guerrero evocaba en 1981, en el Ateneo, en el décimo aniversario de la muerte de su amigo: “Y ahora –decía– ...queremos buscar esa sombra entrañable por todos los muros del recuerdo, por las almenas desveladas de los alcázares del ensueño, por las estancias, patios y senderos de ese otro maravilloso Alcázar de Al-Mubarak, el bendito, que tal es su traducción, que ya para siempre será tan suyo como lo fuera para el propio Al-Mu’tamid. Y seguiremos buscando esa sombra querida por los vericuetos del aire, de la luz, de la nube y del ciprés, del surtidor y del mirto. Y también por las veredas de la soledad de la muerte”.

Buscar quería el profesor Guerrero la sombra fraternal de Joaquín, del que nos ha dejado, en esa finísima evocación del Ateneo, la más certera semblanza del hombre y del poeta que yo haya leído nunca. Y probablemente el texto de más vuelo literario de

todos los suyos. Vuelo literario que –no hace falta decirlo– justificó con creces, sin forzamiento alguno, su ingreso en esta Academia de Buenas Letras, aunque su sitio natural, dada su especialidad y su gran competencia en los estudios artísticos, era lógicamente la Academia de Bellas Artes de Santa Isabel Hungría, en la que había ingresado en 1974. Perteneció también, en calidad de Correspondiente, a la de Bellas Artes de San Fernando; San Carlos de Valencia, Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, y Provinciales de Bellas Artes de Cádiz y de Granada. Era miembro de número del Instituto de Estudios Gaditanos. A estos honores, que son pruebas de reconocimiento público a su labor en el ámbito de la investigación artística, hay que sumar otros muchos, entre ellos el premio “Raimundo Lulio” del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (1946); el “José María Izquierdo” del Ateneo de Sevilla (1953), el “Josefina Von Karman” (1954), etc. Estaba en posesión de la Encomienda de la Orden Civil de Alonso el Sabio (1957).

Fue elegido miembro de esta Academia de Buenas Letras el 2 de febrero de 1979, en una sesión en la que también fueron aprobadas las candidaturas de don Aquilino Duque, don Manuel Olivencia y don Joaquín Caro Romero. Guerrero ocupó la plaza vacante por fallecimiento de otro ilustre maestro universitario: don Francisco Collantes de Terán y Delorme, que había sido profesor suyo en la vieja Facultad de la calle Laraña. Su discurso de ingreso lo pronunció el día de San Fernando del año 1982 sobre el tema “La última Sevilla musulmana”. En él llevaba a cabo una sugestiva reconstrucción histórica, sociológica y artística, salpicada de sugerencias literarias, de lo que él llamó “el tránsito de la ciudad musulmana a la ciudad cristiana”. “Con gran esfuerzo –decía– hemos de imaginar una ciudad deshabitada, inmóvil y en silencio. Sin más registro de sonido que el rumor de los penachos de las palmeras o del balanceo del ciprés al compás del viento. Se despidieron los almuédanos de los alminares y quedó helado el clamor de los zocos. E incluso las animalías, desamparadas, han huído. Y, no obstante, esta Sevilla deshabitada por días debió de tener su encanto”. En efecto, fiel a ese juicio, el nuevo académico fue evocando las silenciosas callejuelas de aquella ciudad en tránsito, sus palacios y viviendas, sus puertas, los alcázares y mezquitas,



las grandes fortalezas de su periferia, el atractivo de su viejo alminar, el fastuoso escenario, en suma, que encontraron los cristianos tras el prolongado cerco. Un cuadro fascinante sustentado en la más rigurosa erudición, pero a la vez realizado por la inventiva y la pericia literaria de su autor, elogiada con toda justicia por el académico Don Gabriel Sánchez de la Cuesta, que fue el encargado de contestar a su discurso. Los dos textos fueron publicados en el *Boletín* de nuestra Academia en 1983, en el número 11, vol. XI de la segunda época; y el de Guerrero volvió a editarse en 1984, junto a los de don Rafael Manzano y don Enrique de la Vega, con el título de *Tres estudios sobre Sevilla*.

Desde 1979 hasta su reciente fallecimiento la andadura académica del profesor Guerrero Lovillo ha sido todo lo brillante y fecunda que de él cabía esperar, y merecería, naturalmente, contarse con más detalle en el día a día de estos dieciocho años. Pero no debo abusar más del tiempo asignado a mi intervención ni de la benevolencia de ustedes con nuevas precisiones sobre sus méritos. Los compañeros que hablarán a continuación, más antiguos que yo en esta Casa, sabrán hacerlo, sin duda, con más conocimiento de causa. Quisiera por ello recapitular y concluir diciendo que si tuviera que buscar un solo término que definiera cabalmente su personalidad científica y académica, ése sería justamente uno de los que él mismo había aplicado a don Emilio García Gómez: el de humanista. Humanista en el más puro sentido de hombre universal impulsado por la curiosidad del intelecto y dotado de especial capacidad para integrar los diferentes saberes; en este caso el saber artístico y el saber literario, representados por los títulos respectivos de las dos Academias sevillanas a las que perteneció como numerario. Continuadoras, por cierto, de aquellas otras academias, cenáculos y tertulias de la Sevilla del Siglo de Oro, en la que pintores y literatos como Fernando de Herrera, Francisco Pacheco, Juan de Jáuregui, Pablo de Céspedes, Juan de Arguijo y otros muchos se mantenían fieles al viejo principio horaciano (“ut pictura poesis”) de la integración entre las dos grandes artes liberales. Guerrero, por sus innegables dotes de escritor y por su familiaridad con algunos temas fronterizos entre lo artístico y lo literario (las *Cantigas* de Alfonso el Sabio; Valeriano Bécquer y otros) guardaba también fidelidad a ese principio integrador. Y

siempre con Sevilla, a la que amó profundamente, como referencia central de muchos de sus trabajos. Ahí están para testimoniario su espléndida y ya clásica *Guía artística* de la ciudad; sus estudios sobre la Catedral y el Alcázar; sobre los maestros yeseros del siglo XVI; sobre las cancelas, sobre el pintor Esquivel, y tantos y tantos títulos de su dilatada bibliografía sevillana. Aunque nacido en Olvera, se hizo muy pronto sevillano de residencia y de corazón, y a esta ciudad rindió hasta su muerte íntimo y a la par encendido culto de enamorado, haciendo verdad en él mismo el precioso epitafio de la tumba de Joaquín Romero Murube: “No pudo quererla más, ni puede sentirla más”.

Al igual que su fraternal amigo, José Guerrero Lovillo, profesor, académico, artista, hombre de bien y amigo de sus amigos, ha pasado ya a engrosar la entrañable nómina de las “sombras apasionadas” de Sevilla. Sombra viva que, como él deseaba para Joaquín, nosotros seguiremos buscando “por los vericuetos del aire, de la luz, de la nube y del ciprés, del surtidor y del mirto”, es decir, por los entresijos de esa Sevilla sin tiempo —“paraíso cerrado para muchos, jardín abierto para pocos”— a la que él amó sin tasa, y que hoy, a través de esta Academia, símbolo de la continuidad cultural de nuestra ciudad, acoge dulcemente su memoria.

He dicho.